

Señora Presidenta etc.

Se me ha otorgado el privilegio de decir algunas palabras acerca de los eventos que dieron lugar a la evacuación de 4,000 niños del País Vasco hacia Gran Bretaña en mayo de 1937.

Se podría decir que la historia comenzó en marzo de ese año cuando después del primer invierno que pasó Madrid asediado por las fuerzas nacionalistas, el general Franco ordenó a las mismas que dirigieran su atención hacia el norte. El general Mola que quedó a cargo de la campaña del norte, proclamó de inmediato:

“He decidido terminar rápidamente la guerra en el norte... si la rendición no es inmediata, arrasaré Vizcaya hasta los cimientos. Tengo los medios para hacerlo”.

En cuestión de días, los medios a su disposición habían entrado en acción. Con las primeras luces de la mañana del 31 de marzo un destacamento de la Legión Cóndor –los escuadrones alemanes que se unieron a los nacionalistas– bombardeó el pequeño pueblo de Durango: un total de 127 cuerpos se recuperaron de las ruinas del pueblo; otras 121 personas murieron después en el hospital. Los bombardeos aéreos sistemáticos a objetivos sin defensas que no tenían importancia militar –un movimiento racionalmente calculado para debilitar la moral del enemigo al aterrorizar a su población civil– representaron un nuevo tipo de guerra.

Pero, ¿rendición? No hubo rendición, ni probabilidades de que la hubiera. Sin embargo, hubo un profundo interés en asegurar la evacuación de mujeres y niños de la zona de guerra. El presidente Aguirre del recién establecido gobierno regional vasco analizó eso con Ralph Stevenson, el cónsul británico en Bilbao, y Stevenson transmitió esa idea a su Ministro de Relaciones Exteriores. Además, pudo informar sobre la voluntad del gobierno francés para cooperar en dicha evacuación. Su propuesta no fue recibida con entusiasmo en Londres. De hecho, él recibió una ligera reprimenda por haber tomado esa iniciativa y se le instruyó firmemente para que no continuara con esa idea.

Se podría pensar que el Primer Ministro recibiría la propuesta con algo de simpatía. Stanley Baldwin tenía un miedo patológico por esta nueva amenaza de guerra aérea. “El bombardero siempre logrará pasar”, había pronosticado correctamente, y Baldwin no se mostró interesado. “El clima de aquí no les favorecerá”, dijo. Y en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña el argumento fue que la evacuación de no combatientes, –“bocas inútiles”, como los describió nuestro Embajador– contravendría el Tratado de No Intervención.

Así que el asunto debió haber terminado ahí. No debió haber evacuación. No estaríamos reunidos aquí el día de hoy si no fuera por un suceso. Y ese suceso

fue, por supuesto, el bombardeo de Guernica. Guernica cambió todo. El alarde del general Mola no fue en vano: el pueblo fue arrasado completamente y un número desconocido de personas murió entre las llamas.

Comparando con lo que pronto sucedería en muchas ciudades de Europa, Guernica fue relativamente trivial, pero fue la primera –“el primer bombardeo aéreo de la segunda Guerra Mundial”, como mencionaría después Anthony Eden- y, siendo el primero, tuvo el poder de provocar indignación. Stevenson caminó entre las ruinas y las cenizas, y su informe al Ministerio de Relaciones Exteriores terminó con una súplica:

“Sin embargo, tengo una firme opinión sobre el asunto de la evacuación de mujeres y niños, incluso aunque sólo sean unos miles y si algo se puede hacer en este sentido antes de que sea demasiado tarde, será mucho mejor”.

En muchos aspectos, me parece que Stevenson fue el héroe olvidado de todo este episodio, porque, no cabe duda, de que el secretario de Relaciones Exteriores Eden le dio mucha importancia a este informe, enviado por un hombre al que describió como “bien equilibrado e imparcial”.

Simultáneamente, en Londres el Comité Nacional de Ayuda al Pueblo Español (National Joint Committee for Spanish Relief) solicitó al gobierno que otorgara la aprobación para la evacuación de los niños de Bilbao. Este Comité Nacional se formó a finales de 1936 para coordinar todas las actividades de ayuda voluntaria que realizaban una gran cantidad de organizaciones políticas y no políticas. Su inspiración fueron el diputado Liberal Wilfrid Roberts, la Duquesa de Atholl, una diputada conservadora, que era la presidenta del Comité Nacional, el cual incluía una amplia variedad de opiniones políticas e intereses humanitarios.

Y en la secuela inmediata de Guernica, durante las dos o tres semanas posteriores, cuando la espantosa agonía que le había sido inflingida al pequeño y hasta ese momento desconocido pueblo se mantenía vívida en la imaginación del público, el Comité Nacional de Ayuda pudo tomar la iniciativa y obtener la aprobación para una evacuación limitada de esa región de España.

La aprobación fue otorgada sólo tres días después del bombardeo de Guernica, pero en principio sólo fue una aprobación: no fue sino hasta mediados de mayo que se obtuvo el consentimiento del gobierno y se le notificó a Stevenson por cable en Bilbao. Sin embargo, mucho antes de eso, el proceso que daría lugar a la evacuación había creado un impulso irresistible por sí mismo.

El primero de mayo el Comité Nacional de Ayuda anunció la inminente evacuación en *The Times* y solicitaba fondos. En un periodo de 15 días recibió donativos por £12,000 y la promesa de otras £5,000 por parte del Congreso de Sindicatos Británicos (Trade Union Congress). El Ministerio de Relaciones

Exteriores exigió planes detallados, incluso para la forma en que los niños serían cuidados; para el 10 de mayo Wilfred Roberts ya los había presentado.

Mientras todo esto sucedía en Whitehall, ¿qué ocurría en Bilbao, en donde los bombarderos pasaban todos los días, varias veces al día? Ahí Leah Manning, otra de las tenaces y enérgicas mujeres del Comité Nacional de Ayuda, negociaba con el presidente Aguirre y con otros miembros del gobierno vasco, la transmisión regular en Radio Bilbao para publicitar la evacuación y para coordinar los detalles de su organización con la Asistencia Social. El cónsul Stevenson envió un cable al Ministerio de Relaciones Exteriores informando que recibió una avalancha de solicitudes por parte de padres preocupados. Además, había dos doctores ingleses enviados por el Comité Nacional de Ayuda para realizar los exámenes médicos de los miles de niños cuyos padres ya los habían registrado para la evacuación.

No es de sorprender que el Ministerio de Relaciones Exteriores tuviera temor de que el Comité Nacional de Ayuda planeara el hecho consumado diferente a –como ellos lo plantearon- “llevar varios barcos llenos de refugiados a Portsmouth, a los cuales sería imposible rechazar sin provocar una protesta pública”.

En medio de toda esta actividad frenética, un funcionario de alto rango del Ministerio de Relaciones Exteriores escribió un largo memorando en el cual le aconsejaba al gobierno que se decidiera entre los conflictivos aspectos de las preocupaciones humanitarias y su adhesión a la carta de No Intervención:

“Si van a seguir adelante, deben aclarar públicamente su actitud más allá de toda duda y, por lo menos, mostrar que actúan por iniciativa propia y no en respuesta a presiones externas, además de que consideran que el trabajo humanitario es más importante que la No Intervención”.

Su consejo fue ignorado. La actitud del gobierno nunca dejó de ser ambigua para el público. Únicamente en la privacidad del Comité Ministerial de Política Exterior, que se reunió un día antes de que los 4,000 niños abordaran el Habana, se aceptó que el acuerdo del gobierno para admitir a los niños de Bilbao les había sido impuesto por la presión externa.

Una consecuencia de esto fue la extraordinaria manera en que los aspectos opuestos de las preocupaciones humanitarias y el Tratado de No Intervención pudieron reconciliarse.

El gobierno acordó permitir que 4,000 niños llegaran a Gran Bretaña. Además, por insistencia de Anthony Eden –recordemos que él fue uno de los arquitectos de la No Intervención- se comprometió a proporcionar escoltas de la Armada Real a cualquier barco de refugiados sin importar cuál fuera su destino: Gran Bretaña, Francia o Rusia. Si no hubiera sido por eso, muy pocos de los miles que lograron escapar de la seguridad de los puertos del norte hubieran logrado huir debido a que los barcos de los nacionalistas patrullaban

constantemente la bahía de Vizcaya. Sin embargo, cuando los niños llegaron a Gran Bretaña, ni un solo centavo de dinero público estuvo disponible para ellos. Esa fue la condición que el Comité Nacional de Ayuda tuvo que aceptar: ellos serían los únicos responsables de cada aspecto de su sustento. Incluso las tiendas de campaña que se usaron en Eastleigh para acomodar a los niños cuando llegaron tuvieron que ser rentadas al Departamento de Guerra, no fueron prestadas. Ningún otro país que ofreció refugio a los niños vascos interpretó el Tratado de No Intervención de esa forma ni les impuso esa condición.

Pero 4,000 niños llegaron y, en su debido momento, fueron dispersados hacia cerca de 70 ubicaciones, a todo lo largo y ancho de Gran Bretaña, desde Plymouth hasta Montrose y desde Cardigan hasta Ipswich. La Cruzada Católica de Rescate (Catholic Crusade of Rescue) aceptó a unos 1,200 en sus orfanatos existentes donde fueron mantenidos por los donativos de los feligreses; el Ejército de Salvación llevó a 400 a sus hostales en el Este de Londres; y 2,500 fueron a las llamadas colonias, establecidas y administradas por comités locales destinados específicamente para eso. Esos comités amateurs fueron los que cuidaron a los niños y recaudaron fondos para hacerlo, a través de reuniones públicas, colectas de puerta en puerta, colectas en días específicos, y persuadiendo a individuos y organizaciones para que patrocinaran a un niño. Y continuaron haciéndolo, cuando las semanas se convirtieron en meses y los meses en años.

El mejor consejo que el Comité Nacional pudo ofrecerles a los comités locales fue “tratar de garantizar la base de apoyo más amplia posible”, citando el caso de la colonia en Barnet en donde el comité comprometió el apoyo de unas 40 organizaciones: cada uno de los principales partidos políticos, tres iglesias locales, los cuáqueros, la Legión Británica, la logia de Odd Fellows, etcétera.

Sin lugar a dudas las motivaciones eran diversas. Para algunos la llamada fue simplemente humanitaria: sólo se trataba de niños que eran víctimas de la guerra de sus padres. Para otros era un asunto político: se trataba de las víctimas del aumento de la ola del fascismo en Europa y ayudarlos era una forma pequeña pero práctica de enfrentar esa amenaza. Sin importar cuál fuera la motivación, los niños vascos sobrevivieron gracias a la generosidad de decenas de miles de británicos ordinarios provenientes de todas las esferas sociales.

Naturalmente, el primer lugar en donde eso se demostró fue aquí, en Southampton, donde los niños pisaron tierra británica por primera vez. Al leer las páginas del *Southern Daily Echo* de aquellos meses de 1937 nos damos una idea de todos los detalles: las reuniones en el Ayuntamiento para recaudar fondos; la búsqueda de voluntarios (peones, plomeros, carpinteros) para preparar el campo de recepción; la solicitud de mantas, utensilios de cocina, ropa y juguetes. Y los informes de los individuos: el panadero que

prepararía 50 hogazas a la semana; las mujeres de Corporation Baths que se ofrecían como voluntarias para lavar la ropa del campamento; la compañía de taxi que prestaría los automóviles; el filántropo que ofreció una casa para que sirviera como sanatorio; las compañías que otorgaron regalos; el sindicato de zapateros que proporcionó 1000 pares de botas. Y así por el estilo.

Fue sobre la base de ese tipo de generosidad espontánea que los niños vascos tuvieron el destino de sobrevivir los siguientes meses o años. Y eso es lo que queremos recordar hoy aquí y ahora.